

Hermann Hesse

# Bajo las ruedas



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Unterm Rad*  
Traducción de Genoveva Dieterich

Primera edición: 1967  
Tercera edición: 2012  
Quinta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Hermann Hesse 1906  
Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín  
© de la traducción: Genoveva Dieterich  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1967, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-7199-4  
Depósito legal: M-12.814-2012  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Capítulo 1
40	Capítulo 2
66	Capítulo 3
104	Capítulo 4
135	Capítulo 5
156	Capítulo 6
180	Capítulo 7



# Capítulo 1

Herr Joseph Giebenrath, comisionista y agente comercial, no se destacaba de sus conciudadanos por ningún mérito o singularidad. Tenía, como ellos, una figura maciza y sana, un mediano talento para el comercio, unido a una profunda y cordial veneración por el dinero, además de una pequeña casa con jardín, un panteón familiar en el cementerio, una religiosidad un poco racionalista y algo inconsistente, un razonable respeto de Dios y de la autoridad y una sumisión ciega a los férreos mandamientos del decoro burgués. Bebía alguna copa, pero nunca se emborrachaba. Hacía, de vez en cuando, negocios no del todo correctos, pero nunca los llevaba más allá de los límites convencionalmente permitidos. Insultaba a los más pobres, llamándoles muertos de hambre, y a los más ricos, tachándoles de ricachos. Era miembro del «Círculo» y tomaba parte en las partidas de bolos, que tenían lugar en el «Adler» todos los viernes y los días de hacer

pan y de matanza. Durante el trabajo fumaba puros baratos, y después de comer los domingos una clase más selecta.

Su vida interior era la del pequeño burgués. Lo que quizá poseía de corazón se había empolvado hacía tiempo y no consistía más que en un vago y tradicional sentido severo de la familia, un orgullo por su hijo, y un ocasional impulso de socorrer a los pobres. Sus facultades intelectuales no iban más allá de una innata y rigurosamente delimitada astucia y habilidad en las cuentas. Su lectura se reducía al periódico y, para satisfacer sus necesidades culturales, bastaban la representación anual de aficionados a cargo del «Círculo» y, de vez en cuando, la visita a un circo.

Podría haber cambiado su nombre y domicilio con cualquier vecino, sin que nada se hubiera alterado. También compartía con todos los demás padres de familia de la ciudad, en lo más profundo de su alma, la desconfianza siempre despierta ante toda fuerza o personalidad superiores, y la animadversión instintiva, nacida de la envidia, contra todo lo extraordinario, libre, refinado y espiritual. Basta de él. Solo un irónico profundo podría enfrentarse con la descripción de esta vida sin relieve y de su inconsciente lado trágico. Pero este hombre tenía un hijo único, y de éste se va a tratar.

Hans Giebenrath era, sin duda, un niño dotado. Bastaba verle cómo se movía, delicado y solitario, entre los demás. El pequeño pueblo de la Selva Negra no solía producir estos seres; de allí no había salido nunca un hombre con unas miras y una capacidad de influencia que sobresalieran de la más estricta mediocridad. Dios

sabe de dónde había sacado el niño los ojos serios, la frente inteligente y la distinción de su andar. ¿Quizá de la madre? Ésta había muerto hacía años; mientras vivió nadie notó nada especial en ella, excepto que siempre había sido enfermiza y melancólica. El padre no entra en consideración. Realmente la chispa misteriosa había descendido en un momento dado al viejo pueblo, que había producido muchos ciudadanos probos en sus ocho o nueve siglos, pero nunca un talento o un genio. Un observador formado a la moderna hubiera hablado de hipertrofia de la inteligencia como síntoma de una degeneración incipiente, recordando la fragilidad de la madre y la edad considerable de la familia. Pero la ciudad tenía la suerte de no albergar gentes de esta clase, y solamente los más jóvenes y avispados entre los empleados y maestros de escuela tenían una vaga idea de la existencia del «hombre moderno» a través de artículos de revistas. Allí se podía vivir aún sin ser culto ni conocer los discursos de Zaratustra; los matrimonios eran sólidos y, a menudo, felices, y la vida tenía un aspecto irremediablemente pasado de moda. Los apoltronados y acomodados ciudadanos, de los que algunos habían pasado de artesanos a fabricantes durante los últimos veinte años, se descubrían ante los empleados del Estado y buscaban su trato, pero entre sí les llamaban muertos de hambre y chupatintas. Es curioso que, a pesar de ello, no tuvieran otra ambición mayor que la de poner a sus hijos a estudiar para llegar a empleados. Por desgracia esta ilusión se quedaba, casi siempre, en un bonito e irrealizado sueño, pues la generación joven solía pasar el bachillerato a duras penas y con repetidos suspensos.

No cabía duda sobre el talento de Hans Giebenrath. El profesor, el director del colegio, los vecinos, el párroco, los compañeros y todo el mundo reconocían que el chico tenía una gran inteligencia; en fin, que era algo excepcional. Con esto su futuro estaba determinado y decidido. Porque en Suabia, para los niños con talento, a no ser que su padres sean ricos, no hay más que un camino estrecho: el seminario menor a través del *Landexamen*, de allí al seminario de Tübingen, y luego al púlpito o a la cátedra. Año tras año emprenden este silencioso y seguro camino tres o cuatro docenas de hijos del país; chicos delgados, cansados de estudiar y recién confirmados recorren, a costa del Estado, los diferentes campos del saber humanístico y comienzan, ocho o nueve años más tarde, la segunda parte de su camino, generalmente más larga, en la que deben devolver al Estado los beneficios recibidos.

Dentro de pocas semanas iba a tener lugar otra vez el *Landexamen*. Así se llama la hecatombe anual en la que el Estado escoge la flor intelectual del país y durante la cual se dirigen a la capital, donde se celebra el examen, las oraciones y los buenos deseos de numerosas familias de los pueblos y pequeñas ciudades. Hans Giebenrath era el único candidato que la ciudad pensaba mandar al reñido concurso. El honor era grande, pero no se lo hacían de balde. A las clases del colegio, que duraban diariamente hasta las cuatro, seguía una clase extra de griego con el director. A las seis el señor párroco tenía la amabilidad de dar una hora de repaso de latín y religión; y dos veces por semana había aún una clase después de cenar con el profesor de matemáticas. En griego, aparte



de los verbos irregulares, se atendía sobre todo a las múltiples posibilidades de coordinación de frases, expresadas por las partículas; en latín se trataba de ser claro y conciso en el estilo y de conocer especialmente los refinamientos prosódicos; en matemáticas se ponía el mayor interés en complicados problemas. Como el profesor recalaba a menudo, éstos carecían aparentemente de valor para el estudio y vida futuros; pero, claro está, sólo aparentemente. En realidad eran muy importantes, incluso más importantes que algunas asignaturas principales, pues forman las facultades lógicas y son la base de todo pensamiento claro, sereno y eficaz.

Sin embargo, para no dar lugar a una sobrecarga intelectual y para que no se olvidara y marchitara el espíritu con los ejercicios de la razón, Hans podía asistir todas las mañanas, una hora antes de empezar sus clases, a la catequesis de los confirmandos, donde un soplo vivificante de religiosidad penetraba en las almas jóvenes, brotando del catecismo de Brenz y del estimulante aprender de memoria y recitar preguntas y respuestas. Por desgracia, él mismo se perdía estas refrescantes horas y se privaba de su acción bienhechora, colocando a hurtadillas hojas en su catecismo con vocabulario griego o latino o con ejercicios de traducción, dedicándose casi toda la hora a estas ciencias laicas. De todos modos, su conciencia no estaba tan insensibilizada como para no sentir todo el tiempo una penosa inseguridad y un ligero sentimiento de miedo. Cuando el decano se acercaba o le llamaba, se sobresaltaba; y si tenía que dar una respuesta, le brotaba el sudor en la frente y le latía el corazón. Sus respuestas, sin embargo, solían ser impecablemente justas, incluso

en la pronunciación, a la que el decano daba mucha importancia.

Los deberes por escrito o para aprender de memoria, para repasar o preparar, que se acumulaban durante el día de una lección a otra, podían terminarse en casa por la noche a la luz íntima de la lámpara. Este trabajo tranquilo, rodeado de la bienhechora paz casera, al que el profesor de curso atribuía unos efectos especialmente trascendentes y estimulantes, duraba solamente hasta las diez los martes y sábados, y los otros días hasta las once, las doce y a veces más. El padre refunfuñaba un poco por el desmesurado gasto de petróleo, pero miraba este estudio con orgullo satisfecho. Para eventuales horas de asueto y para los domingos (que forman, como se sabe, la séptima parte de nuestra vida) se encarecía la lectura de algunos autores no leídos o el repaso de la gramática. «Naturalmente con medida, con medida. Es necesario salir a pasear una o dos veces por semana. Hace verdaderos milagros. Además puede uno llevarse un libro al campo si hace buen tiempo; ya verás qué bien, con cuánta alegría se estudia afuera, al aire fresco. Y sobre todo ¡ánimo!» Hans trataba de mantenerse animado dentro de lo posible. Empezó a utilizar para estudiar también los paseos, y andaba callado, espantadizo, con cara trasnochada y ojos cansados y ojerosos.

—¿Qué piensa usted de Giebenrath? ¿Pasará, verdad? —le dijo una vez el profesor de curso al director.

—¡Pasará, pasará! —exclamó gozoso el director—. Éste es uno de los inteligentes de verdad; mírele usted, si está completamente espiritualizado.

En los últimos ocho días la espiritualización se había hecho patente de una manera alarmante. En el rostro fino y agradable del muchacho, los ojos hundidos e inquietos ardían con un fuego turbio; sobre la hermosa frente vibraban finos pliegues reveladores de espiritualidad, y sus brazos y manos, ya de por sí delgados y huesudos, pendían con un gesto cansado, que recordaba a Botticelli.

Había llegado, por fin, el momento. Mañana temprano marcharía con su padre a Stuttgart y demostraría en el *Landexamen* si era digno de entrar por la estrecha puerta conventual del seminario. Hacía un momento había hecho una visita de despedida a casa del director.

—Esta noche —le dijo al final el temido tirano, con desusada benevolencia— no debes trabajar nada. Prométemelo. Tienes que presentarte mañana en Stuttgart completamente fresco. Ahora, vete a pasear una hora, y luego temprano a la cama. La gente joven tiene que tener sus horas de sueño.

A Hans le sorprendió tanta bondad, en lugar de la temida avalancha de consejos, y salió del colegio con un suspiro de alivio. Los altos tilos brillaban suavemente a la luz cálida del atardecer, en la plaza corrían y relucían las dos grandes fuentes, y sobre la línea desigual de los tejados se asomaban los cercanos montes cubiertos de oscuros abetos. Al chico le dio la impresión de no haber visto todo aquello desde hacía tiempo y le pareció extraordinariamente hermoso y fascinante. Le dolía la cabeza, pero hoy ya no tenía que estudiar.

Echó a andar despacio por la plaza, pasando delante del viejo ayuntamiento, por la callejuela del mercado y al

lado de la herrería, hasta el puente antiguo. Estuvo paseando un rato de arriba abajo, y acabó por sentarse en la amplia balaustrada. Durante semanas y meses había paseado por aquí, día tras día, por lo menos cuatro veces, y no había tenido ni una mirada para la pequeña capilla gótica, ni para el río, ni para la esclusa, la presa y el molino, ni siquiera para la pradera donde se bañaban, ni para las orillas bordeadas de sauces, en las que se levantaba una tenería al lado de otra, donde el río era profundo, verde y sereno como un lago, y donde las ramas dobladas y puntiagudas de los sauces colgaban hasta el agua. Ahora volvió a recordar cuántos días, enteros o a medias, había pasado aquí, cuántas veces había nadado, buceado, remado y pescado. ¡Ah, la pesca! Ya casi la había olvidado. El año pasado había llorado amargamente cuando se lo prohibieron, por lo del examen. ¡Pescar! Eso había sido lo más bonito de todos los largos años de colegio. Estar a la sombra casi transparente de los sauces; el cercano rumor de la presa del molino, el agua profunda y tranquila. ¡Y los juegos de la luz sobre el río, el suave cimbrear de la larga caña de pescar, la excitación cuando los peces mordían y tiraban, y la alegría tan especial cuando sostenía en la mano uno fresquito y gordo, coleteando!

Había sacado alguna carpa buena y jugosa, brecas, barbos y también exquisitas tencas y coloridas carpas pequeñas. Se quedó largo rato mirando el agua, y la vista del verde remanso del río le puso triste y pensativo, sintiendo muy lejanas las bellas diversiones libres y salvajes de su niñez. Mecánicamente sacó un pedazo de pan del bolsillo, hizo bolas grandes y pequeñas, las tiró

al agua y observó cómo se hundían y eran atrapadas por los peces. Primero venían las diminutas doradas y los bocartes; se comían las migas pequeñas ávidamente, y empujaban en zigzag las grandes con sus bocas hambrientas. Luego se acercaba, lenta y cautelosamente, una breca más bien grande, cuyo lomo oscuro y ancho se destacaba débilmente del fondo; nadaba con parsimonia alrededor de la miga de pan y la dejaba desaparecer de pronto en la boca redonda abierta. Del agua, que corría perezosamente, subía un olor húmedo y caliente, un par de nubes claras espejeaban imprecisas sobre la superficie verde; en el molino chirriaba la sierra, y las dos presas entremezclaban sus murmullos frescos y graves.

El chico pensó en el domingo de la confirmación, que había sido hacía poco y en el que se sorprendió a sí mismo, en medio de la ceremonia y la emoción, repasando en pensamientos un verbo griego. Esto le venía pasando a menudo, en el último tiempo: sus pensamientos se embrollaban, y también en el colegio pensaba siempre en un trabajo pasado o futuro y nunca en el que tenía delante. ¡Cómo iba a salir el examen! Distráido, se levantó de su sitio, indeciso, sin saber a dónde ir. Se asustó terriblemente cuando una mano fuerte le cogió por el hombro y una voz amable de hombre le dijo:

—Buenas tardes, Hans, ¿me acompañas un poco?

Era Flaig, el zapatero, con el que solía pasar algún rato de la tarde, pero al que ya hacía mucho tiempo que no iba a ver. Hans caminaba a su lado y escuchaba sin demasiada atención al devoto pietista. Flaig habló del examen, deseó suerte al muchacho y le animó; pero la fina-

lidad de sus palabras era darle a entender que un examen así, en fin de cuentas, no era más que una cosa externa y accidental. Suspender no era una vergüenza, le podía suceder al mejor; y, si acaso le sucedía a él, debía recordar que Dios tiene con cada alma sus intenciones determinadas y la conduce por sus caminos propios.

Hans no tenía la conciencia muy tranquila frente al zapatero. Sentía respeto por él y por su manera de ser tan segura y admirable; sin embargo, había oído y reído muchos chistes sobre la secta de los *Stundenbrüder*, muchas veces contra su propia voluntad. Además, se avergonzaba de su cobardía, pues desde hacía un cierto tiempo evitaba casi temeroso al zapatero por las preguntas sutiles que le hacía. Desde que él era el orgullo de sus profesores y se había vuelto un poco soberbio, el maestro Flaig le miraba muchas veces de una manera muy rara e intentaba humillarle. Con esto al bienintencionado mentor se le había ido escapando poco a poco el alma del chico, porque Hans estaba en la flor de la tozudez adolescente y tenía unas antenas muy sensibles al menor roce desagradable a su amor propio. Ahora caminaba junto a su interlocutor y no se daba cuenta de la mirada preocupada y bondadosa que le dirigía desde arriba. En la *Kronengasse* se encontraron con el párroco. El zapatero le saludó comedido y frío y, de pronto, dijo que tenía mucha prisa. El párroco era uno de los modernos y tenía fama de no creer ni siquiera en la resurrección. Se llevó al niño consigo.

—¿Cómo vamos? —preguntó—. Estarás contento de que haya llegado el momento.

—Sí, claro.

—¡A ver cómo te portas! Ya sabes que todos hemos puesto nuestras esperanzas en ti. En latín espero de ti algo fuera de lo corriente.

—¿Y si me suspenden? —preguntó Hans tímidamente.

—¡¿Suspenden?!! —El clérigo se paró completamente asustado—. Suspenden es imposible. ¡Simplemente imposible! ¡Vaya una idea!

—Bueno, sólo pienso que podría suceder.

—No puede suceder, Hans, no puede suceder; estáte tranquilo. ¡Y ahora saluda a tu padre de mi parte y sé valiente!

Hans se quedó mirándole mientras se alejaba; luego se volvió buscando al zapatero. ¿Qué era lo que había dicho éste? El latín no era tan importante, el caso era tener buen corazón y temer a Dios. ¡Eso podía decirlo él! ¡Y ahora además el párroco! ¡No se atrevería jamás a presentarse ante él si le suspendían! Preocupado, se fue lentamente a casa y entró en el pequeño jardín un poco en cuesta. Allí había una casita desvencijada que no se usaba desde hacía muchísimo tiempo; en ella había construido un día un corral de tablas y había criado conejos durante tres años. En el pasado otoño se los quitaron, por el examen. No tenía tiempo para distracciones.

También hacía tiempo que no entraba en el jardín. El corral vacío tenía un aspecto ruinoso; el grupo de estalactitas en la esquina del muro se había derrumbado, la pequeña noria de madera yacía rota y torcida junto al caño de agua. Pensó en el tiempo en que había construido y disfrutado todo aquello. Ya hacía dos años: una verdadera eternidad. Levantó la ruedecita, la dobló un poquito, acabó por romperla del todo y la tiró por encima

de la valla. ¡Fuera todo aquello; ya se había pasado y acabado hacía tiempo! Le vino a la memoria su amigo del colegio, August. August le había ayudado a construir la noria y a arreglar el corral de los conejos. Habían jugado aquí tardes enteras; habían tirado con el tirador, perseguido a los gatos, construido tiendas de campaña y comido zanahorias crudas de merienda. Después empezó el empollar y August había dejado el colegio hacía un año para hacerse aprendiz de mecánico. Desde entonces solamente le había visto dos veces. Claro que él tampoco tenía ya tiempo. Sombras de nubes corrían presurosas sobre el valle, y el sol estaba ya cerca del borde de las montañas. Durante un instante el chico tuvo la sensación de que iba a tirarse al suelo a llorar. Pero en vez de eso sacó el hacha del cobertizo, la blandió por los aires con sus bracitos escuálidos y partió el corral de los conejos en mil pedazos. Las tablas salieron volando, los clavos saltaron chirriando, y apareció un poco de hierba seca de los conejos, aún del año pasado. Se lió a golpes con todo, como si así pudiera matar su nostalgia de los conejos, de August y de todas las viejas niñerías.

—Vamos, vamos, ¿pero qué pasa ahí? —preguntó el padre desde la ventana—. ¿Qué estás haciendo?

—Astillas.

No dio más explicaciones, tiró el hacha y salió corriendo por el patio a la calle, y luego, por la orilla, río arriba. Fuera, en las cercanías de la fábrica de cerveza, había dos balsas amarradas. En otro tiempo había bajado con otras iguales río abajo, durante horas, en las tardes cálidas de verano, medio adormilado y al mismo tiempo excitado por la marcha sobre el agua, que salpicaba entre los troncos.



Saltó sobre los troncos, sueltos y flotantes, se tumbó en un montón de juncos e intentó imaginarse que la balsa estaba en marcha, que pasaba –unas veces deprisa, otras despacio– junto a praderas, campos, pueblos y bosques frescos, bajo puentes y esclusas levantadas, y que él estaba tumbado encima y todo era como antes, cuando recogía hierba para los conejos en el Kapfberg o pescaba en los jardines de las tenerías junto al río y no tenía dolores de cabeza ni preocupaciones.

Llegó cansado y malhumorado a casa a cenar. Su padre estaba excitadísimo por el inminente viaje de exámenes a Stuttgart y preguntó cien veces si los libros estaban en la maleta, si había preparado el traje negro, si no quería repasar un poco la gramática durante el viaje, si se sentía bien. Hans daba respuestas breves y cortantes. Cenó poco y dio pronto las buenas noches.

–¿No se te ha olvidado el «diccionario»?

–No, no se me ha olvidado el «diccionario», buenas noches.

En su cuarto estuvo aún despierto un buen rato a oscuras. Hasta ahora éste había sido el único beneficio que le había proporcionado el examen: la pequeña habitación propia, donde él era dueño y señor, sin ser molestado. Aquí había quemado largas horas de la noche con César, Jenofonte, con las gramáticas, los diccionarios y los problemas de matemáticas, luchando contra el cansancio, el sueño y el dolor de cabeza, tenaz, tozudo y ambicioso, a veces a punto de desesperarse. Pero también había vivido las horas que para él significaban más que todas las alegrías perdidas de la niñez, aquellas pocas horas de extraña ensoñación, llenas de ambición y

entusiasmo y ganas de vencer, en las que –dejando atrás el colegio, el examen y todo lo demás– se había deseado y soñado en un círculo de seres superiores. Entonces le había inundado una atrevida y gloriosa intuición de que verdaderamente él era diferente y mejor que sus mofletudos y bonachones compañeros de colegio, y que algún día podría mirarles con superioridad desde elevadas alturas. También en este momento respiró profundamente, como si en su cuartito hubiera un aire más claro y más fresco; se sentó en la cama y divagó unas horas con sueños, deseos y presentimientos. Lentamente los párpados claros cayeron sobre sus ojos grandes y fatigados, se abrieron aún una vez, pestañearon y se cerraron de nuevo; la pálida cabeza del muchacho se inclinó sobre el hombro flaco, los delgados brazos se estiraron cansados. Se había dormido vestido, y la mano suave y maternal del sueño suavizó la agitación de su intranquilo corazón de niño y borró las ligeras arrugas de su hermosa frente.

Fue algo inaudito. El señor director en persona se había molestado en venir a la estación, a pesar de lo temprano de la hora. Herr Giebenrath, embutido en su levita negra, no podía parar de excitación, alegría y orgullo; se movía con pasitos nerviosos en torno al director y a Hans, y recibía del jefe de estación y de todos los empleados ferroviarios parabienes para un buen viaje y mucha suerte para el examen de su hijo; sostenía su pequeña maleta dura alternativamente con la mano derecha o con la izquierda. Sujetaba el paraguas bajo el brazo o apretado entre las rodillas; lo dejó caer varias veces y cada vez colocó su maleta sobre el suelo para poder re-

cogerlo. Cualquiera hubiera pensado que se iba de viaje a América y no a Stuttgart con billete de ida y vuelta. El hijo parecía tranquilo, pero un miedo latente le atenazaba la garganta. Llegó el tren; subieron a él, el señor director dijo adiós con la mano. El padre encendió un cigarro. Abajo iban desapareciendo la ciudad y el río en el valle. El viaje fue para los dos un tormento.

En Stuttgart el padre se animó repentinamente y comenzó a ponerse campechano, alegre y mundano; le colmaba la alegría del provinciano que viene por unos días a la capital. Hans, por el contrario, fue quedándose callado y asustado. Una profunda angustia le invadió ante la ciudad: los rostros desconocidos, las casas pretenciosamente altas y recargadas, las largas y cansadas caminatas, los tranvías de caballos y el ruido de la calle le intimidaban y casi le hacían daño. Se hospedaron en casa de una tía; y allí las habitaciones extrañas, la amabilidad y locuacidad de su tía, el estar sentado sin hacer nada y las eternas frases de aliento de su padre acabaron por aplanar completamente al chico. Se movía extraño y perdido por la habitación; y cuando se fijaba en el ambiente desacomumbrado, en la tía y su vestimenta ciudadana, en el papel de la pared con sus grandes dibujos, en el reloj de mesa, en los cuadros o en la calle ruidosa a través de los cristales de la ventana se sentía abandonado, y le parecía que hacía una eternidad que había salido de casa y que, por el momento, había olvidado totalmente lo estudiado con tanto trabajo.

Por la tarde quiso repasar otra vez las partículas, pero su tía propuso salir a dar un paseo. Durante un instante surgió en la imaginación de Hans algo parecido a verdor

de praderas y rumor de bosques, y aceptó gozoso. Pero bien pronto se dio cuenta que el pasear en la capital era otra clase de placer que en casa.

Salió solo con la tía, ya que su padre estaba de visitas por la ciudad. Ya en la escalera empezaron las calamidades. En el primer piso se encontraron con una señora gorda y presuntuosa, que se puso a hablar por los codos, después de que la tía la saludara con una reverencia. La parada duró más de un cuarto de hora. Hans, junto a ellas y apretado contra la balaustrada de la escalera, tenía que dejarse olisquear y vigilar por el perrito de la señora; comprendió vagamente que estaban hablando de él porque la desconocida señora gorda le miró varias veces de arriba abajo a través de sus lentes. Apenas habían salido por fin a la calle cuando la tía se metió en una tienda y tardó un buen rato hasta que volvió. Mientras tanto, Hans esperaba tímido en la calle, empujado por los transeúntes y molestado por los golfillos. Al salir de la tienda, su tía le entregó una tableta de chocolate y él la tomó dando las gracias cortésmente, aunque no le gustaba el chocolate. En la próxima esquina subieron al tranvía de caballos y se dejaron llevar en el coche abarrotado, entre el incesante tintineo de la campanilla, por calles, hasta llegar a un gran paseo con jardines. Allí corría un surtidor, florecían parterres cercados y nadaban peces de colores en un pequeño estanque. Se deambulaba de arriba abajo, de un lado a otro, en círculo entre una nube de paseantes; se veía una cantidad enorme de caras, trajes más o menos elegantes, bicicletas, sillas de inválidos, coches de niños; se oía un tumulto de voces y se respiraba un aire caliente y polvoriento. Finalmente se sentaron en

un banco junto a otras personas. La tía había estado hablando sin ton ni son casi todo el tiempo. Ahora suspiró, miró al niño con cariño, y le animó a que se comiese su chocolate. Él no quería.

—¡Por Dios!, ¿no irás a tener vergüenza? ¡Anda, come, come!

Tuvo que sacar su tableta, estuvo un rato tirando del papel de plata y, por fin, mordió un trocito muy pequeño. El chocolate no le gustaba en absoluto, pero no se atrevió a decírselo a su tía. Mientras él daba vueltas al trozo de chocolate, la tía descubrió a un conocido entre el gentío y salió corriendo.

—Quédate aquí sentado, en seguida vuelvo.

Hans, con un suspiro de alivio, aprovechó la ocasión para tirar su chocolate a la hierba, bien lejos. Después se puso a balancear las piernas rítmicamente, mirando pasmado aquella multitud, y se sintió muy desgraciado. Al final, empezó a repetir una vez más los verbos irregulares, pero descubrió con un susto mortal que no recordaba casi nada. Todo olvidado por completo. ¡Y mañana era el *Landexamen*!

La tía volvió contando que este año, según le acababan de informar, había ciento dieciocho candidatos para el *Landexamen*, pero que sólo podían aprobar treinta y seis. Al chico se le cayó el alma a los pies definitivamente y ya no dijo ni una palabra en todo el camino de vuelta. En casa le dio dolor de cabeza y no quiso comer nada; estaba tan desesperado que su padre le riñó de veras, y hasta la tía le encontró insoportable. Por la noche durmió profunda y pesadamente, perseguido por horribles pesadillas. Se veía en el examen con los ciento diecisiete